

UNIVERSIDAD CATOLICA DE LA SANTISIMA CONCEPCION
FACULTAD DE EDUCACION

PEDAGOGIA MEDIA EN RELIGION Y EDUCACION MORAL



El problema del mal en la Teodicea

Alumno: José Johnson Mardones

Docente: María Tell.

Asignatura: Teodicea.

CONTENIDO

INTRODUCCION

1. LA PREGUNTA POR EL SENTIDO.

2. LA PREGUNTA POR EL MAL.

- a) La experiencia del mal.
- b) El mal como anti-teodicea.
- c) El mal como pro-teodicea.

3. LA RESPUESTA CREYENTE.

- a) El mal y la creación.
- b) El problema del mal en San Agustín.
- c) El Dios de Jesús y la experiencia del mal.

CONCLUSIÓN.

BIBLIOGRAFÍA.

INTRODUCCION

El problema del mal ha inquietado al ser humano desde que tuvo conciencia de sí mismo y de su entorno. La primera realidad, común a la percepción de todos es la experiencia del mal y del sufrimiento. Muchos autores han reflexionado al respecto, tratando de explicar o describir esta realidad tan diversa y compleja que inquieta el corazón humano. Porque la pregunta sobre el mal no es sólo una pregunta que se “hace”, sino una pregunta que se “sufre”.

La fe nos dice que todo tiene un sentido, pero la realidad nos muestra situaciones extremas o absurdas que parecen no tenerlo. ¿Quién no se ha preguntado angustiosamente por el sentido de la muerte y el sufrimiento? ¿Quién no ha contemplado una catástrofe natural sin preguntarse por su sentido? Nos preguntamos por el mal cuando sufrimos la experiencia dolorosa de la enfermedad, la muerte o el dolor, y este reclamo, expresado con fuerza en la literatura universal, termina dirigiéndose hacia Dios, sea para exigir una respuesta, sea para negar su existencia. De ahí que el mal sea un problema para la teodicea.

La teodicea, como reflexión filosófica sobre Dios, debe inevitablemente abordar este dilema humano, si es que no quiere pecar de ingenua o de irrelevante. En este informe abordaremos este tema, tomando algunos autores que lo tratan, especificando las consecuencias de sus posturas y complementando dicha exposición con la mirada cristiana sobre el problema del mal. No pretendo dar una respuesta definitiva al problema del mal, que de por sí es misterio, sino sólo exponer el problema y mostrar algunas pistas de solución aportados por la filosofía y la teología. La respuesta, en definitiva, surgirá de la propia experiencia humana, cuando ella es posible, y estas líneas pretenden solamente ser un aporte en tal sentido.

Por lo mismo, más que exponer detalladamente el pensamiento de los filósofos sobre el problema, pretendo hacer una exposición desde la experiencia al plantear el problema, y luego la reflexión que la filosofía ha hecho al respecto. Para esto he seguido en líneas generales el texto de Ruiz de la Peña, Teología de la Creación (1986), sobre todo el apartado “la fe en la creación y la experiencia del mal” (pp. 158-173).

1. LA PREGUNTA POR EL SENTIDO

Antes de abordar el problema del mal, analizaremos el problema del sentido de la existencia, dentro del cual el problema del mal tiene su marco. Todos hemos experimentado, en algún momento de nuestra existencia, la pregunta sobre el sentido de la misma y sobre la razón de lo que existe y de lo que ocurre. Creemos que la existencia humana tiene un sentido, pero tal sentido no es evidente, sino que la realidad pareciera ser simplemente una sucesión de hechos relacionados, pero sin un propósito de fondo.

La posibilidad de que todo exista sin un motivo de fondo no cabe en el ser humano, sino que anhela una razón para su existencia y para lo que acontece, necesita conocer el motivo de todo y esta necesidad cruza toda su existencia. Frente al mal o al absurdo de la vida, el ser humano se rebela, pues anhela la plenitud y la felicidad, la que siempre pareciera escapársele.

El dilema resulta ser el siguiente: ¿Por qué el ser humano anhela una plenitud y felicidad que nunca ha experimentado?, ¿Por qué cree que todo tiene un sentido si la realidad pareciera mostrar lo contrario?, ¿Por qué se rebela frente a la realidad del mal o de la muerte, si sabe perfectamente que el mal existe y que morirá en algún momento?. A este dilema, que está en el fondo de la pregunta sobre el sentido, se han dado muchas respuestas, desde la religión, la filosofía o la literatura en general, buscando una visión satisfactoria que logre resolver el dilema y dar por contestada la pregunta sobre la existencia humana y su sentido.

Calderón de la Barca, español del siglo XVII, plantea el problema del sentido de la vida frente al aparente absurdo de la existencia. En su libro “La Vida es Sueño”, el personaje Segismundo se pregunta por el sentido de la existencia, concluyendo que todo es un sueño absurdo, donde cada uno representa su papel y la función acaba cuando cae el telón y llega la muerte. La reflexión de De la Barca resulta útil para plantear el problema, por lo que la transcribo íntegra:

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos;
y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.

Sueña el rey que es rey y vive
con este engaño mandando,

disponiendo y gobernando;
 y este aplauso, que recibe
 prestado, en el viento escribe,
 y en cenizas le convierte
 la muerte, ¡desdicha fuerte!
 ¿Qué hay quien intente reinar,
 viendo que ha de despertar
 en el sueño de la muerte?

Sueña el rico en su riqueza,
 que más cuidados le ofrece;
 sueña el pobre que padece
 su miseria y su pobreza;
 sueña el que a medrar empieza,
 sueña el que se afana y pretende,
 sueña el que agravia y ofende,
 y en el mundo, en conclusión,
 todos sueñan lo que son,
 aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
 destas prisiones cargado,
 y soñé que en otro estado
 más lisonjero me vi.
 ¿Qué es la vida?, un frenesí;
 ¿qué es la vida?, una ilusión,
 Una sombra, una ficción,
 y el mayor bien es pequeño;
 que toda la vida es sueño,
 y los sueños, sueños son.¹

El dilema planteado por De la Barca, cruza todos los siglos y todas las culturas. El pueblo de Israel también enfrentó la pregunta sobre el sentido de la existencia frente a la realidad del absurdo y del sufrimiento, cuyo testimonio más notable es el libro del Eclesiastés o Qohelet. El libro fue escrito en siglo III a.c. y plantea el dilema de un mundo que parece ser siempre igual, y consecuentemente, lo inútil que parece todo ante esta realidad:

“¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol? Una generación va, otra generación viene; pero la tierra permanece donde está. Sale el sol, se pone el sol; corre hacia su lugar y de allí vuelve a salir (...) lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará. Nada nuevo hay bajo el sol.” (Ecl. 1,3-5.9)

¹ Calderón De La Barca. La vida es Sueño. Versos 2148 al 2187.

La realidad, pues, parece contradecir la idea de un sentido último y definitivo que dé razón de la existencia. Pero aceptar este absurdo absoluto no hace sino volver más angustio aún el dilema. Si la realidad no tiene sentido, ¿Por qué el ser humano sigue buscándolo, por qué lo necesita?.

El dilema de un ser limitado y contingente que busca la ilimitud y la necesidad de la existencia, de un ser sometido al cambio y la transformación que busca lo estable y permanente, de un ser mortal que desea la vida en plenitud y felicidad, exige una respuesta, y esa es la labor de la filosofía y la teología.

2. LA PREGUNTA POR EL MAL.

a) La experiencia del mal.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, el mal se define como “*la carencia de bondad que debe tener un ente según su naturaleza o destino*”, pero esta definición se queda corta. El mal es, en efecto, es una situación compleja, que abarca un sin fin de realidades negativas, las que tienen un denominador común en el hecho de producir dolor, sufrimiento(Ruiz de la Peña, 1986). De hecho, ¿Basta una explicación racional para superar la angustia de la muerte o de la tragedia?, sin duda cualquier formulación, por muy precisa que sea, no logra quitar del mal su realidad opresiva. De ahí que en este trabajo no buscaremos tanto la lucidez de la formulación, sino caminos de una posible respuesta existencial al problema del mal.

Y es que el mal es en el fondo un misterio, como la misma existencia, una especie de contradicción lógica que angustia y oprime. Por eso, el camino no puede ser el de intentar una explicación acabada, sino el de buscar el mejor camino para enfrentar esta realidad objetiva y ver el problema de Dios frente a ella. Porque la reflexión sobre el mal va inevitablemente unida a la reflexión sobre el sentido de la existencia, como hemos visto y de ahí, a la reflexión sobre Dios, su existencia y su papel en el mundo. Dos pueden ser los principales caminos para enfrentar el problema: el mal como anti-teodicea y el mal como pro-teodicea.

b) El mal como anti-teodicea.

El mal como anti-teodicea es la forma más común de abordar el problema. Se trata de la consabida pregunta: ¿Si Dios es bueno, por qué existe el mal en el mundo? ¿Y si es todopoderoso, por qué no hace nada?. El ejemplo típico del dilema del mal es el del santo Job, que sin motivo sufre muchos males hasta hacer decirle a su mujer: “¿*Todavía crees en Dios? Maldice a Dios y muérete?*” (Jb. 2,9). Frente al mal y su crudeza no cabría creer en un Dios bueno y todopoderoso ni tampoco en que la existencia tenga un sentido, los ejemplos abundan y citaremos a continuación algunas de estas reflexiones.

En *Los hermanos Karamazov* de Dostoiewski, Iván y Alioscha discuten sobre el dolor de los inocentes:

“Según mi concepción euclidiana, sólo sé una cosa: existen sufrimientos sin que haya culpables. Mi bolsillo no me permite pagar una entrada tan elevada. Así que me apresuro a devolver mi billete. No es que yo no conceda valor a Dios, Aioscha, pero le devuelvo respetuosísimamente la entrada”²

Para Ernesto Sábato, el problema del mal le dicta las siguientes posibilidades frente al problema de Dios:

1. Dios no existe.
2. Dios existe y es un canalla.
3. Dios existe, pero a veces duerme, sus pesadillas son nuestra existencia.
4. Dios existe, pero tiene momentos de locura, los que son nuestra existencia.
5. Dios no es omnipresente, a veces está ausente.
6. Dios es un pobre diablo, con un problema demasiado complicado entre sus manos.
7. Dios fue derrotado antes de la historia por el Príncipe de las tinieblas.³

Como último ejemplo, quisiera citar los versos de Manuel Alcántara que pueden sintetizar muy bien la reacción frente a Dios a partir del mal:

*“No digo que sí ni que no;
digo que, si Dios existe,
me debe una explicación”*

Todos estos ejemplos giran en torno al mismo problema y pueden sintetizarse de la siguiente manera.

- **Dios quiere quitar el mal del mundo, pero no puede**, en este caso sería impotente.
- **Dios puede quitarlo, pero no quiere**, en este caso no nos ama.
- **Dios no puede ni quiere**, por lo tanto no es bueno ni omnipotente.
- **Dios puede y quiere**, que es lo único que encaja en Dios, pero entonces ¿De dónde viene el mal real y por qué no lo elimina?.

Cuando Leibniz escribe su “justificación sobre Dios”, estrenando el término teodicea, lo hace con un optimismo envidiable, obviando la realidad del mal hasta reducirlo a algo no relevante. Bastó el terremoto de Lisboa de 1755 para enviar al tacho de la basura el optimismo de Leibniz. Voltaire responderá frente a la calamidad concluyendo: *“la respuesta es sencillísima: Dios no existe”* y Stendhal lo dirá de la siguiente manera: *“la única excusa de Dios es que no existe”*.

El mal es entonces la base del ateísmo existencial, una rebeldía frente a la idea de un Dios bueno y omnipotente que da sentido y orden al mundo. Pero caben dos posibilidades más, a partir de la idea de Dios y del mal. Podemos avanzar del ateísmo al antiteísmo, es decir, a afirmar que Dios es un canalla y que no puede ser bueno. El último paso es negar todo sentido y coherencia a la existencia, llegando al nihilismo de

² Los hermanos Karamazov, en Obras Completas III; Madrid 1966, pp102s.

³ Sobre Héroes y Timbas. Barcelona, 1978, pp. 299s.

Nietzsche. Este mundo sería entonces una broma de mal gusto, el peor de los mundos posibles, y no hay sentido que lo justifique. De ahí que comenzáramos nuestra reflexión sobre el problema del sentido.

c) El mal como pro-teodicea.

Pero el misterio del mal puede ser abordado desde otra perspectiva, no sólo desde la negación de Dios o del sentido, sino precisamente del contrario: Si existe el mal, Dios existe. ¿Cómo explicar esto? El mal produce una indignación ética del ser humano, considera inaceptable que se sufra, sobre todo cuando este sufrimiento es injusto. Eso supone que comprende que la realidad debe ser de otro modo, es decir, que no sólo puede ser mejor sino que debe serlo. La única explicación para la pretensión de la inaceptabilidad del mal es que exista un orden en el mundo y que es orden esté garantizado por alguien con infinito poder y perfección para ordenarlo. Si Dios no existe no es posible la justa demanda ante el mal en el mundo.

Permítaseme al respecto una anécdota personal. Una vez, discutiendo con un amigo al respecto, él preguntó: “¿Si Dios existe, por qué existe el mal en el mundo, por qué hay tanto sufrimiento?”, a lo que yo contesté, con aquellas frases que salen sin pensar demasiado y luego uno mismo se sorprende de ellas. “¿Y si Dios no existe, por qué te molesta?”. Es cierto, si Dios no existe, ¿Por qué el mundo debería ser de otro modo? Todos los seres humanos, de todas las épocas, han vivido la experiencia del mal y ninguna sociedad o sistema ha podido alejarlo de nuestra experiencia por más que se haya intentado. Si todo lo que existe es la materia y su propio dinamismo, la pregunta por el mal queda sin sentido.

Retomemos desde esta perspectiva el verso de Alcántara: “Si Dios existe, me debe una explicación”. Es el caso de Job y el reflejo más exacto de la experiencia humana. Lo que hace insufrible el mal de Job no es el solo sufrimiento que le pudiera hacer comprobar que Dios no existe, sino precisamente que Dios existe y parece callar ante su sufrimiento. Por eso quien desee no renunciar a un mundo con sentido y orden, incluso en medio del sufrimiento y el dolor, debe considerar inevitablemente el tema de Dios.

Un mundo sin Dios es un mundo sin “póliza de garantía”, es un mundo ante el cual Iván Kamarazov no encuentra a quién “devolverle el billete”, un mundo donde el problema del mal ya no encuentra respuesta ni reclamación, provocando una angustia y desesperación insoslayable. En ese sentido se encuentra el testimonio del judío Eugene B. Borowitz, quien preguntándose por qué no ha progresado el ateísmo en el pueblo judío luego del genocidio nazi, se responde:

“El nuevo ateísmo nos usurparía nuestra indignación moral, y a esto es precisamente a lo que la comunidad judía no renunciará jamás (...) el ateísmo significa nihilismo, lo que equivale a perder el fundamento moral desde el que se lanza la protesta hacia Dios”⁴

⁴ Esperanza Judía y esperanza secular en (VVAA), El futuro como presencia de una esperanza compartida, Santander 1969, p.100.

Si miramos la actitud espontánea del hombre actual frente al mal, lo que encontramos no es un ateísmo en alza, sino la actitud de quien cree en el sentido y la sinrazón del mal. El ateísmo sigue siendo un fenómeno más intelectual que experiencial. El hombre, sobre todo el hombre actual, tiende a asumir la realidad más que negarla y parte de esa realidad es el mal. Lo lógico no sería sorprenderse porque haya hombres que frente al mal cayeran en la desesperación y no quisieran vivir, sino que la gran mayoría desee seguir viviendo a pesar del mal y el sufrimiento. Y es que el ser humano intuye que debe haber una razón en el sin sentido del mal, o dicho de otro modo, que a pesar del mal el mundo sigue teniendo sentido.

Dicho esto, podemos concluir que es más dable reconocer la existencia de Dios para comprender la realidad del mal que rechazarla, en cuyo caso no habría explicación ni indignación posibles. Pero eso no resuelve aún el dilema, es sólo el primer paso. Podemos plantear el dilema de la existencia de Dios desde otra perspectiva y no desde la clásica oposición Dios Bueno – mal en el mundo. Más que preguntarnos ¿Por qué Dios siendo bueno permite el mal en el mundo? Deberíamos preguntarnos ¿Qué Dios es creíble desde la experiencia del mal?. Para esto, tenemos que entrar en la teología.

3. LA RESPUESTA CREYENTE.

a) El mal y la creación.

La Sagrada Escritura comienza manifestado su mirada sobre la realidad del mundo y del ser humano: “*En un principio creó Dios el cielo y la tierra*” (Gen 1,1). La profundidad de las primeras palabras del Génesis es tremenda y la tomaremos como punto de partida de nuestra reflexión.

El mundo y todo lo que existe no es, desde la mirada de la fe, una casualidad o un accidente, sino un acto de voluntad de Dios, que decide libremente crear todo lo que existe, comunicándole su existencia. El sentido de “crear” es profundo. La Biblia reserva el término *bará* (אָרַב) (crear) sólo para Dios, ya que al crear comunica su propia existencia y es origen y fin de todo lo que existe. El ser humano sólo fabrica, ya que hace algo a partir de algo que ya existe, y su obra tiene una existencia independiente de él mismo. Así ocurre, por ejemplo, con las obras de arte, que siguen existiendo aunque sus autores ya hayan muerto. La creación entera participa de la existencia de Dios, sin el cual no puede existir ni mantenerse.

El Génesis afirma que Dios creó todo lo que existe “*en un principio*”, lo que se refiere a un comienzo, pero también a un motivo. De hecho, la traducción de *bereshit* (בְּרֵשִׁית) puede ser “en un principio” o “desde un principio”, mostrando no sólo el hecho de que Dios diera comienzo a todo, sino que tuvo un motivo, una razón y un sentido para crear todo, tuvo una intención, un principio. La creación, entonces, y la historia y existencia humana, responden al “principio” con el que Dios creó todo y seguir ese principio es el camino hacia la plenitud. Al respecto, comenta el Catecismo de la Iglesia Católica:

*“La catequesis sobre la Creación reviste una importancia capital. Se refiere a los **fundamentos mismos de la vida humana y cristiana**: explicita la respuesta de la fe cristiana a la pregunta básica que los*

hombres de todos los tiempos se han formulado: "¿De dónde venimos?" "¿A dónde vamos?" "¿Cuál es nuestro origen?" "¿Cuál es nuestro fin?" "¿De dónde viene y a dónde va todo lo que existe?" Las dos cuestiones, la del origen y la del fin, son inseparables. Son decisivas para el sentido y la orientación de nuestra vida y nuestro obrar". (Cat. 282)⁵

En el relato primero de la creación, Dios va dando un orden a la realidad confusa y caótica: “*La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo*”(Gen.1,2), y a es este caos, este sin sentido, al que Dios comienza a darle un sentido y un orden. Y ahí encontramos una primera explicación de la presencia del mal en el mundo y el sin sentido: Si existe el mal en el mundo es porque el ser humano, única creatura libre en la tierra, no sigue el orden que Dios dio a su creación, sino que prefiere seguir un camino distinto, provocando precisamente “caos y confusión”. La explicación de las cosas absurdas que ocurren y que contradicen la intención de Dios hay que buscarlas en la intención del ser humano, que usa su libre albedrío en forma equivocada. Así lo recuerda la Gaudium et Spes:

“El hombre, cuando examina su corazón, se reconoce como inclinado al mal y anegado en tantas miserias, que no pueden tener origen en el Creador, que es bueno” (GS.13)

*“Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, **abusó de su libertad**, levantándose contra Dios y **pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios**”. (GS. 13)*

La intención de Dios es contraria al caos, el sin sentido y la confusión. Es lo que señala el texto al repetir constantemente la expresión: “*Y vió Dios que estaba bien (que era bueno)*” (Gen 1, 10.12.18.21.25.31). Todo fue hecho por Dios bueno y orientado al bien, a la plenitud. El ser humano está llamado a seguir ese principio, el de la bondad de todas las cosas, para realizar su papel en la creación y encontrar al mismo tiempo su propia felicidad. El ser humano, libremente opta por alejarse de Dios y su plan de salvación, por decidir por sí mismo lo bueno y lo malo, por querer ser, en definitiva, su propio dios, olvidando que es imagen de Dios, no Dios mismo

Las consecuencias de abandonar la referencia a Dios y a su voluntad son la muerte, la frustración, la vuelta al caos y la confusión (cf. Gen. 3,8-19), consigo mismo (“*se dieron cuenta que estaban desnudos*”), en las relaciones humanas (“*la mujer que tú me diste...*”), en la relación con la creación (“*con dolor parirás los hijos*”, “*con fatiga sacarás de la tierra tu alimento*”) y con Dios mismo (“*oí tus pasos por el jardín y me escondí*”). Estamos llamados a hacer del mundo un jardín y de nuestra realidad un paraíso, pero para lograr eso es necesario asumir la doble relación de la que hablábamos antes: reconocernos imagen de Dios y nuestra referencia a El y asumir nuestro papel como cuidadores del jardín, no como sus tiranos.

Otro acercamiento nos permite comprender la razón del mal que no depende directamente de la humanidad y de las situaciones que suceden sin su intervención

⁵ Todos los destacados, en adelante, son nuestros.

directa, como las catástrofes naturales, por ejemplo. El primer relato de la creación termina diciendo que Dios descansó el día séptimo “*porque en él terminó la obra creadora que había de hacerse*”(cf. Gen. 2,3). También el segundo relato señala que el jardín debía ser cultivado por el hombre (cf. Gen. 2.15) y le hizo poner nombre a todos los animales (cf. Gen. 20). Estos dos ejemplos nos muestran que si bien Dios dio el “principio” por el que todas las cosas son y deben alcanzar su plenitud, esa plenitud debe ser alcanzada por la acción del ser humano.

Quien ve una casa que no tiene techo o ventanas puede decir que la casa está mal hecha, pero si sabe que está aún en construcción su comentario sería absurdo. La creación está aún en construcción, y depende de la humanidad el llevarla a la plenitud. Dios ha hecho los planos, y un buen constructor sigue los planos para que el proyecto resulte bien. Cuando hay cosas en nuestra casa-realidad que no funcionan bien, es porque no hemos seguido los planos correctamente. Esto lo recuerda el catecismo al señalar:

“Pero ¿por qué Dios no creó un mundo tan perfecto que en él no pudiera existir ningún mal? En su poder infinito, Dios podría siempre crear algo mejor (cf. S. Tomás de A., STh I,25,6). Sin embargo, en su sabiduría y bondad infinitas, Dios quiso libremente crear un mundo "en estado de vía" hacia su perfección última. Este devenir trae consigo en el designio de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico existe también el mal físico, mientras la creación no haya alcanzado su perfección (cf. S. Tomás de A., s. gent. 3,71).

Los ángeles y los hombres, criaturas inteligentes y libres, deben caminar hacia su destino último por elección libre y amor de preferencia. Por ello pueden desviarse. De hecho pecaron. Y fue así como el mal moral entró en el mundo, incomparablemente más grave que el mal físico. “⁶

b) el problema del mal en San Agustín.

El problema del mal fue una constante a lo largo de toda la vida de San Agustín. Su doctrina sobre el mal es el resultado de un largo estudio y reflexión y quedó reflejada en sus principales obras como *Las Confesiones*, *La Ciudad de Dios*, *Sobre el libre albedrío*, *La naturaleza del bien*, y otros escritos más de carácter apologético. Se puede decir que San Agustín, insatisfecho de la incoherente filosofía maniquea y neoplatónica sobre el problema del mal, inició una búsqueda sólida sin precedentes. Tanto es así que llegó a fundar las bases de la auténtica respuesta al problema del mal en el mundo. Logró dar una definición acertada del mal y responder con solidez al origen de dicho mal.

⁶ Catecismo de la Iglesia Católica, 310-311.

San Agustín fue el primero en afirmar que el mal no era una sustancia, sino la privación de un bien, ya que donde no hay bien no puede haber mal, del mismo modo que si no hay luz no puede haber tinieblas. Definió el mal como la privación del bien, puesto que un mal no se concibe sin antes la existencia del bien y fue él quien descubrió que el mal no podía venir del mismo Dios al ser sumamente Bueno y creador de todas las cosas buenas, sino que era el mismo hombre el responsable del mal existente. Llegó a la conclusión que, en realidad, el mal que reina sobre la tierra viene del mismo hombre, el cual, con un mal uso de su libertad, puede oponerse a Dios y pecar. Para dar una respuesta más acertada, dividió el mal en dos grandes grupos: físico y moral. Respecto al mal físico argumentó que en realidad éste no era un verdadero mal pues favorecía el orden del conjunto, es decir, de la naturaleza. Por lo tanto, el único mal, era el moral, el pecado.

Sin embargo, San Agustín tuvo que admitir los límites de la filosofía ante el problema del mal. Sabía con evidencia que, siendo Dios bueno y omnipotente, era capaz de transformar el sufrimiento, el dolor, el pecado, en bienes mayores. Dios saca de un mal un bien mayor. Pero en algunas situaciones como la muerte ¿Cómo se explica que Dios pueda sacar de un mal un bien mayor? Es aquí en donde San Agustín, conocedor del amor de Dios, da paso a la fe, que es capaz de encontrar el último y más profundo sentido al problema del mal. Nos pone como modelo a Jesucristo, el cual escogió como camino de redención el dolor y la muerte, revelándonos así el valor redentor del sufrimiento.

c) El Dios de Jesús y la experiencia del mal.

La fe cristiana afirma que en Jesús Dios ha pronunciado su palabra definitiva sobre sí mismo, sobre el mundo y la humanidad: *“Jesús es la Palabra que Dios tenía que decir al mundo, es Dios mismo que ha venido a compartir nuestra experiencia”*⁷ y esta experiencia incluye por supuesto la experiencia del mal, del dolor y el sufrimiento.

Jesús parece haber comprendido su misión como un enfrentamiento contra el demonio y el mal (Ruiz de la Peña, 1986) y en ese sentido hay que entender las curaciones y expulsiones de demonios, junto con su mensaje para los postergados y excluidos, es decir, para todos los que sufren las consecuencias del mal. Jesús ha reconocido en ellos el peso del mal, no lo ha evadido ni menospreciado, pero tampoco se ha dejado deslumbrar por él, el mal no cegó sus ojos para lo bello y lo bueno, para la alegría y el gozo, lo que ya nos permite entrever un camino para enfrentar el problema del mal en nuestra propia experiencia.

Jesús vivió el mal en carne propia durante toda su vida, sobre todo en la pasión, en la triple dimensión de mal físico, moral y social. ¿Y cómo respondió Jesús ante la experiencia del mal?, asumiendo el mal con el amor concreto a cada persona, no amando sólo lo “amable” y bueno, sino también aquello detestable y negativo que tenemos todos. Jesús enfrentó el mal asumiendo sus consecuencias, como camino para liberar al hombre de todo mal. Quien está dispuesto a creer en el triunfo del sentido y del bien incluso en medio del mal y el sufrimiento, ha alcanzado la libertad verdadera y el verdadero sentido.

⁷ Comisión Nacional Visita Santo Padre. *Mensajes de Juan Pablo II al pueblo de Chile*. Abril, 1987. Mensaje a los jóvenes. pp. 78.-

Y esa es la paradoja cristiana. Se encuentra el sentido asumiendo el absurdo de la vida, llegando hasta las últimas consecuencias al enfrentar al mal, y dando la vida por la causa del bien. Jesús enfrenta el mal no como un asceta que lo ve como camino de perfección, sino como un místico, con la absoluta certeza de que Dios es bueno y triunfa sobre el mal, certeza que le permite seguir creyendo no sólo a pesar de la experiencia del mal y el sufrimiento, sino precisamente desde esa experiencia.

Pero en Jesús no tenemos solamente la experiencia de un hombre extraordinario, sino la revelación de Dios en medio nuestro. ¿Y cuál es el Dios que muestra la experiencia de Jesús? Un Dios que consufre con nosotros y se compadece, un Dios solidario con nuestra realidad humana y comprometido con ella. El Dios cristiano no interviene en la historia para evitar el mal, sino para sufrirlo con nosotros y darle sentido. La fe del Antiguo Testamento en un Dios compasivo y misericordioso⁸, compartida también con el Islam⁹, alcanza en Jesús su grado máximo. Ya no es sólo un Dios que se compadece de nuestras miserias, sino un Dios que se hace uno de nosotros, sufriendo junto con nosotros el sin sentido del mal y sus consecuencias, comprometiéndose en aliviar esa miseria con su acción y su pasión.

⁸ A pesar de la opinión común que señala que la imagen de Dios en el Antiguo Testamento es la imagen de un dios castigador y cruel, son muchos los textos que hablan de un Dios misericordioso, compasivo, tierno, etc. Ver, por ejemplo: 1Cron 16,34; 21,13; 2Cron. 5,13; 7, 3-6; Esd. 3, 11; Jon. 4, 2, entre otros.

⁹ De hecho cada "sura" (capítulo) del Corán parte "en el nombre de Alha, el misericordioso, el compasivo.

CONCLUSION

Hemos reflexionado sobre el problema del mal desde la filosofía a la teología, pasando por el problema del sentido de la existencia, de las posibilidades que plantea la teodicea frente al mal, para terminar en la respuesta creyente y el testimonio y propuesta de Jesús, el Hijo de Dios. La reflexión podrá ayudar a comprender la realidad del mal y dar una respuesta que permita enfrentarla más allá de su sinrazón. Porque no se trata de encontrar un sentido a lo que no lo tiene, es decir, de pretender justificar lo injustificable desde la ciencia o la religión.

El camino ha de ser mirar con realidad el problema del mal sin minusvalorarlo, pero tampoco absolutizarlo. El camino que nos muestra la experiencia de Jesús es sin duda válido, aún para el no creyente: más que reflexionar sobre el mal se trata de comprometerse con los que lo sufren, de poner la vida entera en función de aliviar a los que lo sufren y asumir el absurdo del mal para encontrar su sentido. Si es posible creer en Dios incluso desde el mal, entonces Dios se vuelve una realidad absolutamente creíble. Si bien Dios no es evidente, y es necesario un salto de fe para creer en El, no es menos cierto que el testimonio de aquellos capaces de creer en El en medio de realidades que parecen negarlo por completo, es un punto a favor para afirmar su existencia e iniciar el camino de la fe.

Quisiera terminar con el testimonio de San Maximiliano María Kolbe, sacerdote franciscano condenado a los campos de concentración nazi, que se cambió por un padre de familia para morir en su lugar. Dos testimonios de esa experiencia pueden ayudar a ilustrar nuestra reflexión. Los sobrevivientes cuenta que fue la única vez que se oyeron cantos dentro de la cámara de gas y uno de ellos expresó: “Nunca después la vida en el Campo volvió a ser lo mismo”. El testimonio de un creyente, en medio del absoluto sin sentido y sinrazón, de la humanidad degradada a la total brutalidad, de la mayor expresión de maldad y sufrimiento que nuestro siglo ha podido mostrar, hizo la diferencia, dando sentido a la realidad del mal, al asumir sus consecuencias a favor de los demás

El mal no tiene en la realidad la última palabra y la indignación que provoca es una señal de lo mismo. Al fin de la historia, el ser humano alcanzará su plenitud y, junto con él la creación entera, y se realizará la intención de Dios de que todas las cosas sean buenas y el deseo del hombre de caminar junto a Dios sin temores ni dudas, como quien pasea con un amigo por el jardín, a la hora de la brisa (cf. Gen.2,8)

BIBLIOGRAFIA

- BIBLIA DE JERUSALEN LATINOAMERICANA. Editorial desclée de Brower. Bilbao, España, 2003.
- CASTRO, DIEZ, HECTOR. El problema del mal en San Agustín. Ateneo Pontificio Regina Apostolorum. En www.proyectosofia-ensayosdefilosofia.com/sofia007.pdf
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA. Ediciones San Pablo. Chile, 2005.
- COMISION NACIONAL VISITA SANTO PADRE. *Mensajes de Juan Pablo II al pueblo de Chile*. Abril, 1987.-
- CONCILIO VATICANO II. Documentos Completos. Ediciones San Pablo, Lima, Perú. 2005.
- DE LA BARCA, CALDERON. La vida es sueño. Editorial Alba. Madrid, 1996.
- L. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, Sal Terrae, Santander 1986